

PARTE I

MARCO CONCEPTUAL Y METODOLÓGICO DE LA INVESTIGACIÓN EN DIFERENCIAS INDIVIDUALES

Desarrollo histórico del estudio de las diferencias individuales I:

Etapa precientífica y establecimiento de la Psicología Diferencial como disciplina científica

Margarita Olmedo Montes
Ángeles Sánchez-Elvira Paniagua

INTRODUCCIÓN

OBJETIVOS

CONTENIDOS ESPECÍFICOS DEL TEMA

- 1. Interés precientífico por el conocimiento y estudio de las diferencias individuales**
 - 1.1. Las diferencias individuales en el mundo clásico
 - 1.2. La escasa relevancia de las diferencias individuales en la Edad Media
 - 1.3. El resurgir de la individualidad en el Renacimiento
 - 1.4. Del siglo XVII a principios del XIX: la revolución científica y el predominio de la razón

- 2. Sistematización científica del estudio de las diferencias individuales**
 - 2.1. Anclaje conceptual y metodológico de la disciplina
 - 2.1.1. La teoría evolucionista de Ch. Darwin
 - 2.1.2. Las aportaciones de Sir Francis Galton
 - 2.2. Consolidación de la Psicología Diferencial como disciplina científica
 - 2.2.1. Sistematización conceptual
 - 2.2.2. El papel de las escuelas en la consolidación y primeros desarrollos de la Psicología Diferencial
 - 2.2.2.1. Los psicólogos americanos
 - 2.2.2.2. Los psicólogos europeos
 - 2.2.3. Extensión del desarrollo y la aplicación de los «test mentales»

RESUMEN

PREGUNTAS DE AUTOEVALUACIÓN

Si se lleva a cabo un recorrido a través de la historia de la filosofía y la ciencia puede constatar que el hombre ha sentido siempre un gran interés por las diferencias individuales, no solo por lo fascinante en sí que puede resultar el saber referente a la variabilidad humana, sino también porque las distintas habilidades y comportamientos que diferencian a las personas ayudan a establecer nuestra propia individualidad, así como a predecir el comportamiento ajeno, teniendo importantes repercusiones para nuestro desenvolvimiento personal, académico y profesional. Sin embargo, los intentos de explicar y predecir tales fenómenos han sido muy diferentes, siendo consecuencia directa del modo de entender al individuo a lo largo de los siglos. Por tanto, de época a época, los intereses han ido cambiando en cuanto al estudio de las diferencias individuales y la manera específica de abordarlo. Podemos decir que la Psicología Diferencial no se constituyó como disciplina científica hasta hace poco más de un siglo. Con anterioridad, las diferencias individuales se consideraban terreno de la filosofía o incluso de la literatura. Así pues, conviene señalar que, aunque comenzaremos el relato histórico de la Psicología Diferencial remontándonos, como se hace habitualmente, hasta la Antigüedad clásica, aquellas teorías y aspectos citados anteriores a la segunda mitad del siglo XIX responden más bien a algo así como a la historia de las actitudes hacia las diferencias humanas, más que a la historia de la variabilidad humana como una disciplina formal con un objeto de estudio delimitado.

Comenzaremos con una aproximación **diacrónica** al estudio de las diferencias individuales, describiendo los principales hitos que, en diferentes periodos de la historia, contribuyeron al desarrollo y consolidación científica de esta disciplina. No obstante, a la hora de abordar las contribuciones que, acerca de las diferencias individuales, han ido conformando la historia de la Psicología de las Diferencias Individuales, conviene señalar algunas consideraciones relativas a esta exposición diacrónica:

- Las grandes contribuciones que serán tratadas en las páginas siguientes están ligadas a personajes que han hecho historia en la filosofía o en la ciencia. La tendencia a centrar la atención en los grandes hombres, así como la inclinación a ver la evolución

histórica desde la perspectiva de una escuela de pensamiento particular, olvidando las condiciones socioeconómicas y culturales de cada época, puede introducir un sesgo en la interpretación actual de las teorías o puntos de vista. En este sentido, Boring, un importante historiador de psicología, señalaba en 1963 la importancia de la consideración del *zeitgeist* histórico (término acuñado por Goethe) para indicar el clima de opinión o las corrientes de pensamiento de una época. Con dicho término se pretende resaltar que los descubrimientos o ideas aportadas por una persona no solo son fruto de su genio individual, sino también del sustrato cultural existente en ese momento histórico. Así pues, consideramos que la perspectiva más adecuada para abordar la historia de una disciplina será atendiendo, tanto a las aportaciones de las figuras relevantes en la materia, como al contexto social amplio que las ha condicionado de manera directa o indirecta.

- Por otro lado, hay que tener en cuenta que el interés por la Psicología de las Diferencias Individuales tiene un carácter multifacético. Incluso, una vez consolidada como ciencia, a menudo presenta oscilaciones en sus preferencias teóricas, compromisos sociales o adscripción ideológica a diferentes escuelas o corrientes de pensamiento (las cuales, a su vez, son susceptibles de ser localizadas en una circunscripción geográfica, de carácter nacional o continental). Consecuencia de todo ello es una imagen enormemente diversificada de la disciplina que nos ocupa, lo que dificulta la construcción de una estructura organizada con carácter didáctico. En el presente capítulo se ofrece una de las posibles alternativas que podrían considerarse.
- Finalmente, junto a estas consideraciones, es preciso reconocer el grado de subjetividad que toda reconstrucción histórica implica, en la medida que supone una mirada selectiva sobre el pasado a partir del sentido que, en la actualidad, tiene para nosotros el estudio psicológico de la diversidad. Así pues, aun a riesgo de pasar por alto acontecimientos o autores que, según otros puntos de vista, pueden ser de gran relevancia, en el presente capítulo trataremos de ofrecer una visión

didáctica y esquemática de los hitos, autores y las teorías que han contribuido, de manera importante, a definir la matriz disciplinar de la Psicología Diferencial.

Para situar los contenidos de este capítulo desde una perspectiva más amplia, es útil repasar la evolución de la historia de la Psicología, en general.

OBJETIVOS

OBJETIVOS GENERALES	OBJETIVOS ESPECÍFICOS
Obtener una visión general del tratamiento precientífico que la Filosofía y la Medicina dieron al conocimiento en materia de diferencias individuales desde la Antigüedad.	Distinguir entre las perspectivas basadas en aspectos temperamentales, caracteriales y constitucionales.
	Detectar las influencias de las aportaciones precientíficas en teorías actuales de las diferencias individuales.
Comprender las razones históricas y sociales que condujeron a la sistematización científica de una disciplina destinada al estudio de las diferencias individuales.	Conocer las aportaciones de Ch. Darwin y F. Galton a la Psicología Diferencial.
	Distinguir las diferencias fundamentales entre los intereses y objetivos de la Psicología General (de corte experimental) y la Psicología de las Diferencias Individuales.
Conocer y analizar la relevancia de las aportaciones de las escuelas pertenecientes a distintos países a la consolidación de la Psicología Diferencial como disciplina científica.	Diferenciar los intereses y objetivos de las diferentes escuelas y su forma de abordar el estudio de las diferencias individuales.
	Conocer el proceso de desarrollo y las causas sociales que contribuyeron al auge en la aplicación de los «test mentales».

CONTENIDOS ESPECÍFICOS DEL TEMA

Los contenidos de este tema nos permiten establecer un seguimiento del interés experimentado por el hombre por aquellas cuestiones relativas a las diferencias individuales en todas las épocas. Veremos las raíces precientíficas que, especialmente desde la Filosofía y la Medicina, contribuyeron al desarrollo de ideas y teorías relativas a tipologías primitivas que han dejado su huella en posteriores elaboraciones teóricas y analizaremos los acontecimientos históricos, las figuras y los hechos puntuales que establecieron y consolidaron la Psicología Diferencial como disciplina científica a fines del siglo XIX y primeras décadas del XX.

1. INTERÉS PRECIENTÍFICO POR EL CONOCIMIENTO Y ESTUDIO DE LAS DIFERENCIAS INDIVIDUALES

No cabe la menor duda de que el hecho de que los seres humanos seamos diferentes unos de los otros ha servido, a lo largo de la historia de la humanidad, para situarnos en lugares distintos según nuestras capacidades o aptitudes, así como para relacionarnos, de formas diversas, en virtud de las características personales de cada uno. Asomándonos a la historia, podremos ser testigos de las distintas formas en que dichas diferencias han influido en el desarrollo de las sociedades en cada época. Como anécdota curiosa, podemos citar un acontecimiento que suele considerarse como el primer testimonio escrito sobre diferencias humanas en capacidades y el interés por su evaluación. Para ello debemos remontarnos a un tiempo remoto e impreciso, varios milenios atrás, y referirnos al antiguo relato mítico de un suceso curioso (Libro de los Jueces 7, 3). Por aquel entonces un «psicólogo» un tanto especial, Yavéh, con la colaboración de su ayudante Gedeón, decidió llevar cabo un proceso de selección de los mejores guerreros a partir de lo que podrían considerarse pruebas de observación y autoinforme. Habida cuenta que, de los 22.000 hombres que inicialmente constituían la tropa, tan solo 300 reunían las cualidades requeridas, superando de forma satisfactoria las «pruebas divinas», no podemos menos que recalcar el carácter serio y exhaustivo del proceso realizado.

Ya cifrado, históricamente, con una antigüedad que podría remontarse a los 4.000 años, situaremos en China el origen de la evaluación de las diferencias individuales en determinadas aptitudes, dado que en este país, y durante unos 3.000 años, se utilizó un elabo-

rado sistema de exámenes caracterizado por una cierta competitividad. Su finalidad era la elección y posterior seguimiento cada tres años de los oficiales que habrían de servir a los emperadores (Dubois, 1965). La evaluación de determinadas capacidades y habilidades personales permitía, así, la selección de los mejores hombres y su asignación a aquellos puestos más adecuados a las mismas. Si bien algunos autores han indicado que dichos procedimientos pueden ser solo se remonten a 2.000 años de antigüedad, en cualquier caso no dejan de ser un buen precedente de lo que, muchos siglos después, se constituiría en un área de investigación y aplicación importantísima.

1.1. Las diferencias individuales en el mundo clásico

Partiendo ya de testimonios más influyentes para el desarrollo de nuestros cimientos culturales, comenzaremos nuestro recorrido en la Grecia clásica. En torno a la primera mitad del milenio a. C. encontramos la polis griega en sus inicios. La democracia griega representó un gran logro, en cuanto que plasmó por escrito y siguiendo un consenso general leyes que debían respetar todos los ciudadanos por igual, aunque había diferencias marcadas en cuanto a esclavos y ciudadanos libres, así como en la ausencia de derecho al voto en las mujeres. En este contexto histórico surgen los primeros filósofos de los que tenemos constancia escrita (Tales de Mileto, Pitágoras, Parménides, Empédocles y Demócrito, entre otros), interesados por la comprensión general del universo. Estos autores no abordaron, específicamente, cuestiones relacionadas con las diferencias individuales, si bien en las afirmaciones realizadas por algunos de ellos podemos encontrar las semillas de teorías filosóficas posteriores que pueden ser valoradas como antecedentes relevantes de nuestra disciplina.

No obstante, para otros autores del mundo griego clásico las diferencias individuales serán algo consustancial a la naturaleza humana, encontrándose preñadas según algunos filósofos en el alma, según otros en la constitución corporal del individuo. ¿Qué autores pueden ser dignos de mención en este breve periplo histórico?; veamos a continuación los más representativos incidiendo, de forma particular, en aquellos que contribuyeron de forma más directa a dos de las áreas más ampliamente estudiadas en nuestra disciplina: la **inteligencia** y la **personalidad**.



Figura 1.1

Homero.

Para **Homero (s. IX-VIII a. C.)** no todas las personas eran dignas de alcanzar la inmortalidad, tan solo aquellos guerreros que habían mostrado su **capacidad** en el campo de batalla tenían acceso a un entierro ritual que era, precisamente, el requisito para alcanzar el Hades. Aunque la concepción homérica de virtud,

en torno a la gloria ganada en la batalla, desapareció en la posterior filosofía clásica, durante siglos perduró la idea de que la virtud, y por tanto la vida eterna, podía ser alcanzada tan solo por unos pocos afortunados.

Por otra parte, ya en Homero encontramos una concepción de la Inteligencia entendida como una entidad distinguible de otro tipo de cualidades humanas, y referida a la capacidad de comprensión y de discurso especialmente. En su obra *La Odisea*, Ulises se defiende de los comentarios sarcásticos de Euryalus (quien se había burlado de él por su falta de habilidad para los deportes), exponiendo que los dioses otorgan a los hombres diferentes cualidades compensándoles así, de alguna forma, de sus carencias en otros aspectos.

Platón (427-347 a. C.) fue el primer pensador que intentó ofrecer una explicación a la pregunta sobre el origen de nuestra manera de comportarnos al postular que las diferencias individuales dependían del tipo de alma que una persona poseía. Las almas se diferenciaban en función del conocimiento y carácter innatos que estaban contenidos en ellas gracias a la visión previa de las formas y a las vidas en las reencarnaciones anteriores. En este sentido, el aprendizaje para Platón era un proceso de recuperación en la conciencia de lo ya conocido. La respuesta de Platón tiene, por tanto, un carácter elitista e innatista. De esta forma, en la controversia más antigua y duradera de la Psicología Diferencial, **naturaleza vs. crianza**, «nature vs. nurture», podemos situar a Platón como el primer gran exponente del **nativismo**.

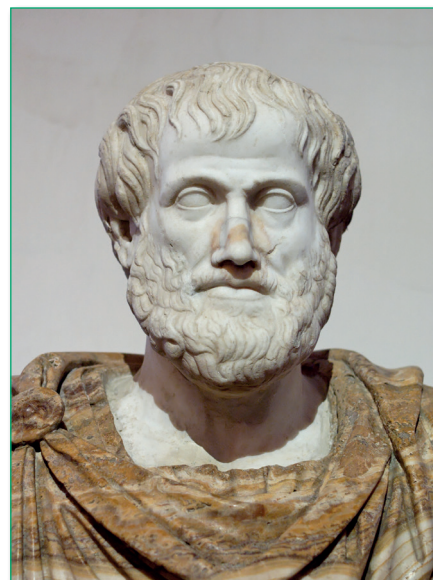
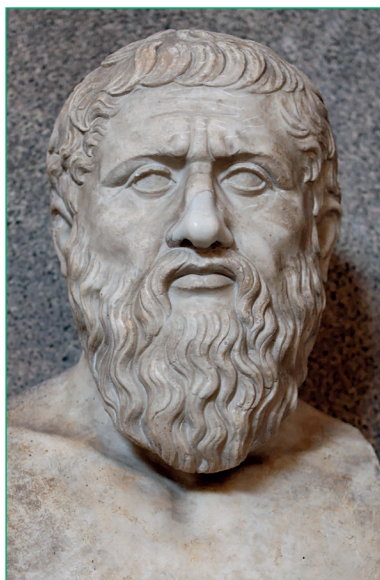
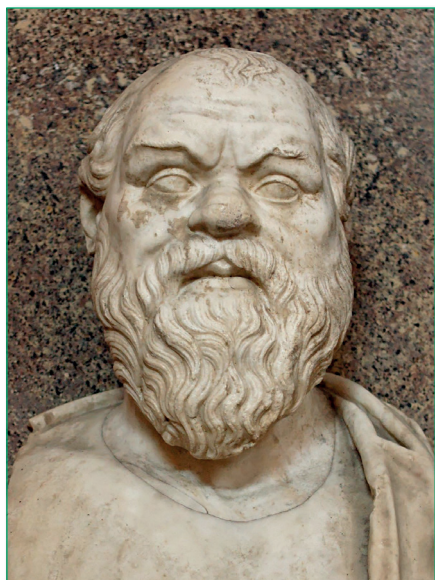


Figura 1.2

Sócrates, Platón y Aristóteles.

En Platón podemos encontrar, asimismo, referentes varios a la concepción de inteligencia; así, en diversas partes de su obra *La República*, Platón narra cómo Sócrates, su maestro, conduce hábilmente con sus enseñanzas hacia un entendimiento de la inteligencia basado en la «capacidad de aprender», o nivel de facilidad o dificultad para la adquisición de conocimientos y el recuerdo o conservación de los mismos, reconociendo igualmente otras cualidades pertenecientes a la esfera del intelecto como el amor por el aprendizaje, el conocimiento y la verdad y el rechazo de la falsedad, entre otros.

Finalmente, en cuanto a las aplicaciones derivadas de la existencia de diferencias individuales, en su obra *La República* Platón manifestaba que, no existiendo dos individuos iguales de nacimiento, estos debían adaptarse a una determinada ocupación acorde con su talento específico, dividiendo, así, a los ciudadanos, en tres clases: la élite de los Guardianes (en los que predominaba el alma racional y que constituían la clase dirigente en virtud de la grandeza innata de este tipo de alma y de la educación que recibían); los Ayudantes, que colaboraban con los Guardianes actuando como soldados o ejerciendo cargos funcionariales de la República (en ellos predominaría el segundo tipo de alma denominada alma irascible, que encontraba su motivación en la gloria y la fama); y el resto de los ciudadanos que serían, por naturaleza, menos virtuosos y constituirían la clase Productiva, predominando en ellos un tercer tipo de alma llamada Apetitiva que siempre perseguía el propio interés, encontrándose dominada por impulsos físicos hacia la comida y el sexo.

Para **Aristóteles (384-322 a. C.)**, discípulo de Platón, la inteligencia estaba fundamentalmente basada en la rapidez de comprensión y entendimiento, lo que ya apuntaba hacia la relevancia que la velocidad de los procesos mentales tendría, posteriormente, como elemento de investigación de los mecanismos que sustentan la inteligencia.

Dos siglos más tarde, **Cicerón (106-43 a. C.)** define la «persona» como «el conjunto de cualidades que hacen a un ser humano apto para el trabajo que debe realizar», abundando también en lo que puede considerarse el talante predominante que regirá en buena medida el desarrollo del estudio de las diferencias individuales, ya desde sus inicios: la valoración de los individuos en función de sus capacidades y habilidades personales con un propósito práctico evidente, **la selección de los más aptos**.

En lo que se refiere a los primeros planteamientos de cuestiones relativas a las **diferencias individuales en la personalidad**, especialmente en lo que a las áreas del **temperamento** y el **carácter** se refiere, po-

demus mencionar tres tipos de aportaciones básicas, siguiendo la clasificación de O'Neil (1975):

1. La doctrina de los humores. Bajo esta perspectiva, **características biológicas distintas**, basadas en combinaciones diversas de los humores corporales, daban lugar a diferentes **temperamentos**. Esta línea de trabajo se remonta a **Empédocles (494-434 a. C.)**, quien consideraba que la naturaleza se componía de cuatro elementos (tierra, aire, agua y fuego), presentes en todos los objetos y seres vivos, que reflejaban las propiedades de los mismos (sequedad, frialdad, humedad y calor), respectivamente. Esta idea fue recogida por el médico y filósofo **Hipócrates (460-355 a. C.)** quien la aplicaría, posteriormente, a su teoría sobre el temperamento humano.

Hipócrates asumió la propuesta de Empédocles; los elementos básicos que componen la naturaleza se encontrarían representados en el cuerpo humano en forma de cuatro humores: la sangre, la bilis amarilla, la bilis negra y la flema. Su combinación diferencial en cada hombre, siendo este considerado como un microcosmos, haría que su cuerpo reflejara las propiedades derivadas de tal composición. Hipócrates propuso que el **temperamento** (palabra derivada del latín *temperare*, mezclar) de un individuo, respondía al predominio de alguno de los humores, dando lugar a **cuatro tipologías**, mutuamente excluyentes, que serían estables a través de toda la vida de la persona y

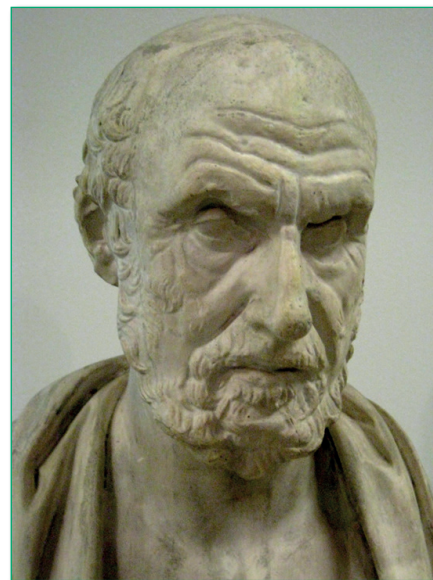


Figura 1.3

Hipócrates.



Figura 1.4

Representación de los cuatro temperamentos hipocráticos.

que darían cuenta asimismo de todas las variantes de personas posibles, así como de los trastornos mentales a los que las personas pertenecientes a cada tipología estarían predispuestas. Así pues, Hipócrates enuncia **primera teoría de las diferencias individuales** al distinguir entre:

- el **tipo sanguíneo**, en el que predominaría la sangre, caracterizado por un gran entusiasmo, actividad y volubilidad;
- el **tipo colérico**, en el que predominaría la bilis amarilla, presentando una gran irritabilidad;
- el **tipo melancólico**, en el que predominaría la bilis negra y que tendría una tendencia a la tristeza y, finalmente,
- el **tipo flemático**, en el que predominaría la flema y del que podríamos destacar las características de apatía y frialdad.

Dos siglos más tarde, el médico romano, **Galeno (129-199 a. C.)** desarrollaba la propuesta de Hipócrates atribuyendo a los humores no solo la raíz del temperamento, sino también de las enfermedades, contemplando al mismo tiempo la posibilidad de hacer un diagnóstico de las mismas observando la palma de la mano del sujeto, lugar donde se reflejarían (por su piel y su naturaleza) las combinaciones de las cuatro

propiedades básicas. Galeno defendía la existencia de dos dimensiones (**frío-calor** y **seco-húmedo**), cuyo desequilibrio daría lugar a la posibilidad de ocho tipos de temperamento que, sumados al temperamento generado por un equilibrio óptimo, conformaban los **nueve tipos** propuestos por el autor. Así, desde una **vertiente más psicológica que la presente en Hipócrates**, Galeno haría más explícitas las relaciones existentes entre los distintos humores y la manifestación de diferencias individuales. No obstante, la tradición legada hasta nuestros días ha mantenido, únicamente, los cuatro tipos, o temperamentos, clásicos.

En suma, en el mundo griego el valor del individuo se centraba en aspectos de carácter social y colectivo, más que propiamente individuales. Sin embargo, los médicos tuvieron desde siempre un papel importante en el interés por el estudio del individuo, dado su contacto directo con todo tipo de personas que manifiestan síntomas, enfermedades y reacciones muy diversas a los tratamientos. No es extraño, pues, que frente a los filósofos, más preocupados por encontrar las leyes generales de los fenómenos naturales y el sitio del hombre en la naturaleza, los médicos hayan tenido que enfrentarse y dirigir su esfuerzo hacia el individuo concreto, convirtiendo a este en «sujeto empírico» en la búsqueda de las causas de la enfermedad (Ibáñez, 1989).

Estas especulaciones precientíficas han sido influentes en la medida en que se encuentran en la base del desarrollo de importantes teorías posteriores como las de Kant, o Wundt e, incluso, en aquellas concepciones más modernas de la personalidad, de corte científico y experimental, centradas en la búsqueda del origen biológico del temperamento de los individuos, como los trabajos de la **reflexología soviética** de principios del siglo XX, con I. Pavlov como princi-



Figura 1.5

Galeno y su obra.

pal representante, o las propuestas posteriores de H. J. Eysenck, en donde las influencias de la tradición tipológica griega son evidentes, así como en otras teorías actuales del estudio científico del temperamento, como la del psicólogo polaco I. Strelau. Todas estas teorías están basadas no ya en supuestos «humores», sino en cuestiones tales como el funcionamiento psicofisiológico y neuroendocrino del organismo; paralelamente, pueden ser consideradas antecedentes históricos de algunas de las aproximaciones más recientes y prometedoras al estudio de la salud entendida desde un punto de vista holístico, así como al análisis de las relaciones entre la personalidad y el desarrollo de determinadas enfermedades (Feurstein, Labbé y Kuczmierczyk, 1986; Friedman, 1990; Prokop, Bradley, Burish y cols., 1991).

2. Las aproximaciones fisiognómicas/fisiológicas.

Los postulados teóricos de estas orientaciones se centran en el **aspecto externo** de los individuos como fuente de información valiosa acerca de sus peculiaridades personales. La obra *Fisiognómica* (atribuida, no sin ciertas dudas, a Aristóteles, 384-322, a. C.) es un buen ejemplo de este acercamiento, en donde se propone un análisis sistemático del **carácter** (o nivel habitual en el que el individuo regula sus facultades y controla sus pasiones), así como de los hábitos psicológicos del individuo, conocimiento que permite diferenciarle de los demás a partir, en este caso, de sus rasgos fisiognómicos.

Esta manera de juzgar el carácter tuvo gran aceptación durante muchas centurias, sobre todo a partir del siglo XIII con el florecimiento del aristotelismo. Sin embargo, la fisiognomía ha sido una materia proscrita en los últimos tiempos y a pesar de que se habla de ella en muchos de los tratados de psicología, quizá haya que remontarse al siglo XVIII para encontrar su máximo auge en la figura de J. K. Lavater, uno de los más famosos fisiognomistas de la historia. Este tipo de ideologías puede considerarse precursor de aquellas escuelas psicológicas, de mayor o menor nivel científico, que incidirían en los siglos XIX y XX sobre el estudio de las diferencias individuales en áreas tales como el carácter o las capacidades personales en función de las **características morfológicas externas** (en esta línea se situarán la Frenología de F. J. Gall o las tipologías constitucionales de E. Kretschmer y W. H. Sheldon). A juicio de Pinillos, López-Piñero y García Ballester (1966), etimológicamente, la constitución otorga a las cosas un carácter total y permanente, de forma que puede afirmarse que algo es individual y distintivo debido a su constitución. Será esta concepción la que permita establecer «tipos constitucionales».

3. La caracterología literaria. Por último, una tercera vía de aproximación al estudio de las diferencias individuales en personalidad se fundamentará en el **relato basado en referentes descriptivos** de las diferencias individuales en el **carácter**. Desde el mundo griego, este ha representado un elemento esencial del ser individual cuya descripción y análisis permiten conocer aquellos aspectos que diferencian a un hombre de los demás. Cabe señalar que, mientras el temperamento se asocia en mayor medida a los aspectos emocionales, el carácter en el mundo griego implica, según Burnham (1968), la vertiente volitiva de la actividad humana como aspecto distintivo de la especie.

En la Grecia clásica, **Teofrasto (372-287 a. C.)**, discípulo de Aristóteles, propuso que el carácter podía definirse a partir de breves descripciones escritas referentes a «tipos» comunes de seres humanos. Estos tipos permitían, de forma simple y clara, un reconocimiento fácil, rápido y universal, de las personas. El legado histórico de Teofrasto, recogido en su obra *Caracteres*, plantea la eterna cuestión del origen de las diferencias individuales en condiciones socioculturales semejantes, ofreciendo una descripción aguda y precisa de la forma cotidiana de proceder de, al menos, 30 caracteres distintos. Su influencia posterior en la descripción de las diferentes formas de ser de los individuos es notable. La consistencia interna de estas definiciones caracteriológicas y sus ejemplos conductuales, les conferiere un grado de credibilidad acep-

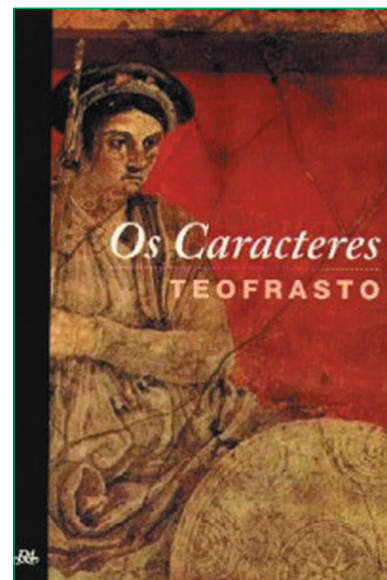


Figura 1.6

Teofrasto y su obra acerca de los caracteres.

table anticipando el concepto de rasgo central como noción estrechamente vinculada a la estabilidad del comportamiento humano y a la posibilidad de efectuar predicciones sobre el mismo. Es interesante resaltar que algunos autores sitúan en la obra de Teofrasto, y no en obras clásicas posteriores como las de F. Galton, los orígenes de la Psicología de las Diferencias Individuales (Eysenck y Eysenck, 1969; Ibáñez, 1989; Roback, 1931).

En definitiva, según Eysenck y Eysenck (1969), en estas primeras tipologías basadas en aspectos tales como la preponderancia de un humor frente a otros, las características constitucionales y fisiognómicas, o la descripción del tipo de carácter manifestado, podemos encontrar, de forma muy embrionaria, algunos de los principales conceptos sobre los que los estudios de las diferencias individuales en el área de personalidad han versado y polemizado en el mundo contemporáneo: el rasgo como unidad de descripción individual del comportamiento, el tipo o unidad de rango superior de carácter más fundamental y general, el origen constitucional y genético de estos factores de diferenciación, y una cierta evidencia de distinción inicial entre **genotipo** y **fenotipo**, lo que implicaría un interés por la incidencia de los factores ambientales en la determinación de las diferencias individuales. Su significación histórica, a juicio de Hilgard (1987a), estriba, sin duda, en el impulso potencial al reconocimiento de las diferencias individuales, concebidas estas como algo relativamente estable y definitorio del individuo.

En cualquier caso, la virtud de todas estas aproximaciones precientíficas estriba en que nos permite afirmar, sin ningún género de dudas, el carácter universal y atemporal de las diferencias individuales humanas así como de las diversas problemáticas que la existencia de las mismas ha generado desde la Antigüedad. Capacidades y aptitudes, temperamento (emoción) y carácter (volición), predisposiciones mórbidas, evaluación, descripción y predicción del comportamiento, estabilidad de la conducta, determinantes biológicos vs. influencias ambientales, selección de los más aptos... cuestiones antiguas para una problemática que habrá de aguardar hasta los albores del siglo XX para poder ser considerada, junto a áreas de conocimiento afines, el núcleo de investigación de una nueva disciplina científica: la Psicología Diferencial. La superación de estas primeras propuestas tardaría en llegar. Salvo excepciones, como la que representa la obra de Juan Huarte de San Juan durante el Renacimiento, hasta el siglo XIX no se presentará una alternativa más productiva a estos enfoques precientíficos (Sánchez Cánovas y Sánchez López, 1999).

1.2. La escasa relevancia de las diferencias individuales en la Edad Media

Debido a la confluencia de factores como el declive de la economía, la debilitación de las comunicaciones y las invasiones sangrientas y destructivas que llevaron a cabo numerosos ejércitos de bárbaros mercenarios, la alfabetización quedó, durante la Edad Media, como un patrimonio que estaba reservado al ámbito eclesiástico. Toda persona culta era, casi sin excepciones, un clérigo y el lenguaje que se utilizaba en el aprendizaje era el latín. El contexto social durante los primeros siglos en Europa no favorecería, por tanto, el estudio del individuo. En la Edad Media la persona era descrita y entendida básicamente en función del grupo de pertenencia, y la escolástica medieval mostró más bien un escaso interés por las diferencias individuales, excepto en lo que al talante religioso y moral se refiere. El hombre medieval le dio la espalda al mundo observable y las únicas diferencias individuales por las que se interesaba eran las designadas por la jerarquía social o eclesiástica. Así pues, la posición de un sujeto como rey, clérigo o siervo era mucho más importante que su papel como ser humano individual diferenciado del resto. Quizás, como sugiere Dahlstrom (1985), porque en aquellas sociedades en donde las posiciones de confianza y responsabilidad son asignadas en función de favoritismos o privilegios hereditarios, las diferencias individuales no tienen ninguna importancia.

Esta falta de interés por lo individual forma parte del *zeitgeist* neoplatónico, que había determinado que el intelecto humano solo podía acceder al conocimiento de los universales y no al de los entes individuales; el neoplatonismo estuvo presente en cada uno de los aspectos del pensamiento de la época, convirtiéndose todo en un símbolo del mundo invisible de Dios.

En este periodo en el que el pensamiento filosófico decayó, la fe cristiana tuvo un gran desarrollo en Occidente. Las opiniones de **San Agustín (354-430)** gozaban de eco: lo importante era llegar a conocer a Dios y al alma, siendo que el alma sólo podía conocerse a través de la iluminación divina procedente de Dios. No obstante, San Agustín incidió, también, en el reconocimiento de algunos elementos claves de la inteligencia individual, como la rapidez de comprensión, y la precisión y agudeza del discernimiento.

Si queremos entender el nacimiento de la concepción occidental del individualismo, debemos centrarnos principalmente en aspectos de la cultura popular que surgieron en este periodo, tales como el amor cortés y la religión. Durante la Edad Media, el concepto de individualidad florecía a través de poemas popu-



Figura 1.7

San Agustín, San Francisco de Asís y Santo Tomás de Aquino.

lares tal y como se refleja en el escrito posterior de Gottfried von Strasbourg, en el que relataba los amores de Tristán e Isolda, y que ofrecía un contraste absoluto con el resto de la sociedad y filosofía medievales.

Asimismo, podemos considerar innovadores los planteamientos de pensadores como **Pedro Abelardo (1079-1142)** o **San Francisco de Asís (1182-1226)**. Abelardo, cuyo lema era «conócete a ti mismo», afirmaba que el pecado era una cuestión de intención y no de acción, de tal forma que un acto no sería correcto o erróneo en sí mismo, lo que era correcto o incorrecto era la intención del individuo que lo realizaba. Dado que las intenciones son algo sumamente personal, la ética de Abelardo contribuyó al desarrollo del concepto de individualidad. Por otra parte, el predicador medieval más popular, San Francisco de Asís, abandonó sus riquezas y su posición social a cambio de la comunión con Dios a través de la naturaleza. Sus enseñanzas individualistas eran consideradas por la Iglesia católica como subversivas, evitando, por muy poco, la persecución como hereje debido a que invitaba a la contemplación y comunicación con Dios en solitario amenazando, así, el conjunto de rituales que, según la Iglesia, conducían a la salvación. Sin embargo, tan solo incorporando a San Francisco de Asís y a sus seguidores, la Iglesia católica pudo evitar lo que consideraba una amenaza: la creciente conciencia individual inherente al misticismo.

Al margen de estos aspectos, podemos decir que la psicología filosófica medieval seguía afianzada en un interés por los universales más que por los individuales. Los filósofos, como **Santo Tomás de Aquino (1225-1274)** o **San Buenaventura (1221-1274)**, estuvieron comprometidos con cuestiones como el alma sensitiva, la voluntad, la imaginación o el intelecto; no obstante, los teóricos medievales mostraron poco

interés por las diferencias individuales en el sentido psicológico.

1.3. El resurgir de la individualidad en el Renacimiento

No será hasta el Renacimiento cuando se reinicie el interés por el ser humano al producirse un cambio de orientación en las explicaciones acerca de su naturaleza, que deja de concebirse como un reflejo de la naturaleza divina para adquirir entidad en sí misma en cuanto a su existencia cotidiana, aspiraciones reales y lugar que la persona ocupa en la estructura social. Las diferencias individuales comienzan a interesar ya más por su funcionalidad que por el hecho de reflejar el espíritu o naturaleza divina del hombre.

En este contexto cabe destacar, de forma especial, la figura de **Juan Huarte de San Juan (1529/30-1588)**, un médico español nacido en Navarra y afincado en Baeza bajo el reinado de Felipe II, quien, en su obra *Examen de ingenios para las ciencias* (1575/1976), además de establecer una descripción exhaustiva de caracteres, propuso una serie de métodos dirigidos a entrenar las capacidades básicas y los talentos. Dicha obra despertó gran interés en Europa, prueba de ello es su traducción a numerosos idiomas europeos, aunque tal acogida quizá no se debió tanto a la validez de sus métodos como a la concepción factible de tratar y comprender las diferencias humanas (Dahlstrom, 1985).

Como apuntan muchos autores españoles (Andrés Pueyo, 1993; Forteza, 1973; Iriarte, 1948; Moya y García, 1990; Pinillos, 1976; Sánchez Elvira, 1996; Vázquez Fernández, 1975) y extranjeros (Bunge, 1990; Deary, 2000; Determan, 1982; Zusne, 1984), **Huarte**